

RESSENYES

BERIAIN, Josetxo (2011). *El sujeto transgresor (y transgredido): Modernidad, religión, utopía y terror*. Barcelona: Anthropos, 208 p. ISBN: 978-84-7658-997-7

ZULAIKA, Joseba (2009). *Terrorism: The self-fulfilling prophecy*. Chicago: University of Chicago Press, 288 p. ISBN: 978-0-226-99416-1

El terrorista suicida a través del espejo social

Si no utilizamos el filtro de la reflexión, el terrorista se convierte bien en el «mal salvaje», aquella persona que ni ha recibido los dones de la civilización, ni se espera que los reciba; o bien en una figura no humana y distante que encarna el mal en su sentido metafísico.

Aportar conocimiento sobre la realidad social es la labor fundamental del sociólogo. Así, es nuestra obligación afirmar que toda época produce a *sus monstruos*, pero tiende a no querer reconocerse en su espejo, ya que nos devuelven un reflejo poco agradable de nosotros mismos.

Josetxo Beriain, en *El sujeto transgresor (y transgredido)*, y Joseba Zulaika, en *Terrorism, the self-fulfilling prophecy*, proponen una labor «oftalmológica» de enfoque y encuadre que busca proporcionarnos herramientas críticas de análisis a través de las cuales podamos obtener conciencia de la compleja red de tramas de significado que entretejen los actos

realizados por los terroristas suicidas. Proponen una mirada cualitativa que estudie las conexiones de sentido que religan al terrorista con las sociedades de comienzos del siglo XXI.

El objetivo de ambos autores es el mismo, pero las sendas transitadas para llevarlo a cabo, no. Beriain sitúa el inicio de su argumentación en la época de la Reforma protestante, momento en el que nacen el *self moderno* y su plan de transgresión. Con esta primera afirmación, su reflexión se desliza hacia el marco de análisis sociológico-interpretativo.

El trabajo de Zulaika es más psicólogo (psicoanalítico), puesto que se centrará en «el deseo, la locura y el suicidio del terrorista; [...] los diversos estadios de la formación y transformación subjetiva del militante» (Zulaika, 2009: 63). Bucea en el subjetivismo para aportar conocimiento sobre la figura del terrorista, tratando de arrojar luz sobre los límites del contraterrorismo, que se empeña en situar al terrorista fuera de la política y de la sociedad, con lo cual genera decididamente la propia realidad que pretende combatir.

Una vez perfilados los enfoques de ambas obras, el ejercicio que proponemos realizar pretende ponerlas a dialogar en torno a tres cuestiones: el lenguaje del terrorista, el terrorista como actor social y sus rasgos fundamentales.

El lenguaje del terrorista suicida

El terrorista habla desde «el ruido y la furia» del silencio. El título de la obra de Faulkner define la desproporcionada fuerza del lenguaje sin palabras que utiliza el suicida bomba. Ambos autores son conscientes de que este tipo de comunicación esconde una realidad compleja. Según Beriain (2011: 127): «Goethe afirmaba en su primer Fausto, reinterpretando el *motto* bíblico: al principio era la acción, el suicida afirma que al final también es la acción». Su lenguaje es la acción y ésta es terroríficamente definitiva. Después del impacto, el silencio.

Beriain (2011: 121) afirma: «No hay nada de qué hablar, que hable la acción por sí misma». Los terroristas entienden que la acción es la única forma de participar en una sociedad de la que no se sienten partícipes. Su acto es un ejercicio de «redención personal y social» (Beriain, 2011: 107-108) que tiene una doble intencionalidad: la amenaza y la visibilización. Estamos aquí y no hay nada que nos detenga. De acuerdo con las palabras de Zulaika (2009: 88): «el terrorista es un sujeto [...] cuyos comunicados más verdaderos están marcados por el fracaso del lenguaje».

Encontramos, en los escritos de ambos autores, un mensaje común que es fruto de la detección de una de las cuestiones fundamentales que se esconden detrás de los actos del terrorista suicida: su *desintegración* social.

Tanto el grito pronunciado por el suicida a través de su acción, como el silencio y la imposibilidad de comunicación que deja tras su estela revelan un ser que no encaja en el rompecabezas social y

decide hacerlo saltar por los aires. Esto no justifica su acción, pero nos hace conscientes de que existen cuestiones de fondo que entran en juego cuando la cometen y que nos aportan conocimiento de la realidad social actual.

Señala Bauman que la vida social es un juego de las sillas que se juega en serio. Esto significa que todo sistema social genera a la vez integración y desintegración. Por lo tanto, la acción del terrorista suicida nos habla (entre otras cosas) de los límites de todo sistema social y de la incapacidad de determinados actores para encajar en él, algo que Merton denominó «conducta orientada hacia metas aceptables», bien por medio de métodos prescritos, bien por medio de métodos proscritos.

El «ruido y la furia» del terrorista suicida son un claro síntoma de sus dificultades para convertirse en un sujeto *de facto* de nuestras sociedades. Al mismo tiempo, su acción habla del nosotros y de las dificultades que tiene la sociedad, tanto para dar voz como para ofrecer respuestas a las necesidades de todos sus actores.

El terrorista suicida como ser social

Uno de los axiomas centrales de nuestra disciplina señala que el ser humano es social por naturaleza. Esto significa que sus actos están circunscritos al contexto de significado de la sociedad en que se desarrollan.

Señala Debord que «somos más hijos de nuestra época que de nuestros padres». Para nuestro cometido, esta cita tiene una doble repercusión. En primer lugar, el terrorista suicida es un ser coetáneo y, por lo tanto, no podemos circunscribir sus acciones a un tiempo pretérito. En segundo lugar, esto nos lleva a afirmar que el terrorista suicida es un ser social —ya que todo ser humano lo es— que realiza sus acciones en un contexto de significado concreto —el presente—. Ambos autores convergen en esta idea.

En el sentido apuntado en el párrafo anterior, Beriain obtiene una clave sociológica que le va a permitir, posteriormente, construir la figura del terrorista suicida como mártir nihilista. Para el sociólogo, su acción «conecta una estrategia política contemporánea con una historia sagrada de martirio y sacrificio» (Beriain, 2011: 107-108).

Como señala Zulaika en un momento de su obra, «la figura que sustenta el horizonte político tras el 11 de Septiembre es la de un terrorista, definido como suicida» (2009: 99). Es decir, el fenómeno del terrorismo suicida es una realidad genuina de nuestra época que surge, entre otras cosas, como respuesta a las dificultades de integración de determinados colectivos en la sociedad global. Es una nueva forma en la evolución del terrorismo. Este hecho nos sitúa en un escenario muy actual en el que se produce un doble asesinato, característica fundamental de esta nueva forma de terror: «En el mato luego soy se hace presente una gran verdad injusta: muero sin llegar a ser como consecuencia de tu ser matando» (Beriain, 2011: 108).

Morir matando es quizás la expresión que mejor se ajusta a la genuina realidad del terrorista suicida. Su figura irrumpe en el escenario tardomoderno renovando la tradición del martirio, del sacrificio y del terrorismo; creando una realidad diferente y adaptada al contexto social actual. El suicida se inmola matando a otros en un acto de terrorismo que, como dicen Zulaika y Beriain, escapa de las fronteras del terrorismo clásico de estado (IRA, ETA).

Las reclamaciones de Al Qaeda no son locales o estado-nacionales, son globales en un contexto de globalización. Del mismo modo, el método empleado para crear terror convierte al terrorista no sólo en ejecutor, sino también en arma. Así, según Zulaika (2009: 96): «[...] el significado de la muerte cambia drásticamente cuando la decisión de matar a otra persona implica que también el militante

está dispuesto a pagar por la acción con su propia vida de forma deliberada y voluntaria».

Mártir nihilista o simbiosis de Eros y Thanatos

Finalmente, Beriain y Zulaika proponen la tarea de definir exhaustivamente los rasgos fundamentales de esta figura que encarna el terror en la sociedad global. Las respuestas que ofrecen se inscriben en sus respectivos universos de discurso: Beriain nos habla del mártir nihilista, y Zulaika, de la conjunción de Eros y Thanatos en esta figura.

Con su *morir matando*, el terrorista suicida apunta a una de las tensiones por excelencia de la modernidad: la que se establece entre la vida y la muerte. En las sociedades posteriores a la lapidaria sentencia nietzschiana «Dios ha muerto», en las que el individuo ha borrado algunos límites cosmovisionales, la tensión entre la vida y la muerte es fundamental en la construcción del sentido y del sinsentido social. Si a esto le añadimos la fragmentación y la pérdida de peso de algunas instituciones (principalmente, el Estado, la Iglesia y el Ejército) y, correlativamente, la intensificación de los procesos de individualización, entenderemos los motivos por los que los actos de los suicidas bomba nos producen semejante terror. Por ello esas personas sin voz, excluidas del sistema social, «desean la muerte más que nosotros deseamos la vida», como decía Bin Laden.

Para comprender la tensión entre la vida y la muerte que nos permite explicar la realidad del terrorista suicida, Beriain acude a la realidad ambivalente de su figura: «La ambivalencia del nuevo tipo de horror que produce el suicida bomba comparece como un sentimiento angustioso surgido de la combinación, inesperada y súbita, de lo sublime y lo siniestro» (Beriain, 2011: 134). Efectivamente, el miedo surge ante un objeto determina-

do que nos hace frente, mientras que la angustia y el horror surgen ante un no-objeto indeterminado, ante Eso-que-no-es-Él, sino lo-Otro, lo que se hurta a todo sentido común, lo que se niega a estar presente y, por ende, a ser representado.

«Eso» que suscita el sentimiento de lo sublime rompe las convenciones espaciales y temporales. Hay algo sublime en la acción del suicida bomba, algo que lo iguala con el *fascinans*, con la grandeza inconmensurable de la zarza ardiendo, que trasciende el mundo de la representación cotidiana, pero el espíritu positivo y pasivo representado por lo sublime precisa de una agencia dinámica, lo siniestro-intra-mundano, *das Unheimliche*, el *tremendum* de lo sagrado, que representa la violencia como irrupción de aquello que debiera haber quedado oculto.

La irrupción inesperada de esa perversa hibridación de lo monstruoso y de lo sublime, prohibida la presencia de ambos en la realidad de sentido común, es lo que produce ese sentimiento de angustia, de horror. Pero Beriain, además, desvela la naturaleza ambivalente del propio sujeto: mártir y suicida: «Mártir y suicida no son sino dos caras de un mismo fenómeno, la auto-representación y la hetero-representación de una misma conducta» (Beriain, 2011: 117). El suicida bomba conjuga vida y muerte en su ser, ya que, mientras que, para sus víctimas, es un archiesesino despiadado que atenta contra el valor de la vida por partida doble (muere matando), para su comunidad es un mártir, una persona que se sacrifica por un bien mayor, que actúa para quebrar el silencio que se ha impuesto a los excluidos de la modernidad. En definitiva, alguien que, con su acción, genera más vida. Así, reproduciendo las palabras de Beriain (2011: 110): «La autoinmolación se proyecta como una autoafirmación a través de la muerte. La vida es un arma, un instrumento, al servicio de y en nombre de un dios omnipotente».

Zulaika lleva esta cuestión planteada por Beriain en términos de ambivalen-

cia y contingencia al terreno de la psicología freudiana. Para él, el terrorista suicida aglutina, de una manera radical, el instinto de vida (Eros) y el instinto de muerte (Thanatos). Es decir: «Su halo de misterio es la versión última del Amante del Demonio. Evoca compasión porque vive en la muerte. Emanar poder sexual porque representa la devastación. Excita con el estremecimiento del miedo [...] Es a la vez un héroe en peligro y un antihéroe que vive en la mortalidad» (Zulaika, 2009: 65).

Para Zulaika (2009: 91): «[...] si hay una figura contemporánea que encarna de forma radical el “instinto de muerte” freudiano es el terrorista suicida [...] La guerra es la gran invención cultural del instinto de muerte. El terrorismo actual no es sino su última reencarnación». Una de las grandes proclamas de la modernidad fue su misión civilizadora, aquella que tenía por objetivo erradicar de nuestras vidas la barbarie, la violencia y, en definitiva, la muerte. Para Zulaika, el terrorista suicida derrumba la puerta mitificadora de la modernidad para recordarnos que la violencia está aquí y que él es su máximo representante.

Ahora bien, el instinto de vida no se manifiesta únicamente en el deseo de morir, sino también en la realización de un bien de tipo comunitario. Como señala Zulaika (2009: 106):

Los terroristas y sus comunidades son gente que reconoce la normalidad y necesidad de semejante disponibilidad de morir en situaciones de represión intolerable. [...] Este tipo de acción bien puede caer bajo la categoría de locura, pero es también la disposición de un cuerpo liberado dispuesto a satisfacer hasta el final el instinto de muerte en la esperanza de afirmar la vida de la comunidad de uno. Es como si el terrorista y su comunidad se vieran obligados a admitir la intolerable verdad: hemos caído en un estado de no reconocimiento y de esclavitud indigna [...] por tanto, aceptar de frente la necesidad de una muerte suicida es la única

forma de recuperar la dignidad perdida y superar el miedo a la muerte que ha hecho que nuestra vida sea insostenible.

Conclusión

A pesar de que ambas obras nos ofrecen un análisis exhaustivo del terrorista suicida, en esta conclusión debemos realizar un doble ejercicio crítico que nos permita detectar las debilidades y las fortalezas de los mismos. Comencemos por las primeras:

El estudio de Beriain centra su análisis en el nivel de la actualización social del martirio en un contexto de nihilismo, presentando una realidad desconcertante que puede distraernos e impedirnos detectar determinadas certezas que se articulan alrededor de la figura del terrorista suicida. Del mismo modo, el acercamiento a su realidad desde la perspectiva de la tensión entre immanencia y trascendencia vela otras cuestiones nodales para acercarnos a ella de un modo holístico (los roles que desempeña, el contexto en que se socializa y los modos y las condiciones de socialización, etc.).

Por otro lado, Zulaika pone el énfasis en la visión subjetivista, olvidando por momentos que el investigador social debe realizar una labor reflexiva de equilibrio que permita reducir la clásica tensión metodológica existente entre cercanía y

distancia con el objeto de estudio. Por otra parte, en algunos momentos del escrito, convierte al terrorista suicida en un convidado de piedra de una realidad que crea el antiterrorismo. En esos momentos, reproduce el mensaje sobre el que quiere arrojar luz.

Los dos textos nos ayudan a tomar conciencia de la gran envergadura del problema sociológico que tenemos entre manos, ya que las acciones que hemos analizado apuntan directamente a las tramas de significado que tejen la realidad social actual y la vida de cada uno de sus individuos.

El día 11 de septiembre de 2001, la humanidad entera asistió al cambio de siglo. Los terroristas suicidas fueron modernos incluso a la hora de sincronizar su acción con la llegada de la nueva centuria, celebrada en Times Square sólo 254 días antes. A las 9 horas (hora local), el velo del templo se rasgó y nos obligó a reconfigurar nuestra mirada sobre el mundo y, por lo tanto, a hacer un hercúleo ejercicio de reflexividad para entender la nueva realidad inaugurada una terrible mañana de polvo y cenizas.

Javier Gil Gimeno

Departamento de Sociología.
Universidad Pública de Navarra
fcojavier.gil@unavarra.es

